

Meditación 3ª. La llamada de Dios, como hijos suyos. No somos nosotros los que buscamos a Dios: Es Dios quien nos busca primero, "con un amor tan grande que difícilmente logramos entender", decía Juan Pablo II a los jóvenes. Si hay algo verdaderamente importante en esta vida es descubrir la propia vocación y realizar la misión que Dios nos encomienda, pues desde la eternidad Dios ha pensado en nosotros y nos ha amado como personas únicas e irrepetibles. Leo J. Trese dice así: La llamada de Dios es algo parecido a lo que hace un director de cine que busca los actores para el guión de su película. "Está sentado frente a su mesa de trabajo, sobre la cual yacen desplegadas docenas de fotografías facilitadas por los agentes cinematográficos. Al cabo de un rato, escoge una de ellas, la contempla detenidamente y dice a su secretaria: "Sí, éste es el tipo de mujer que necesito. Llámela y cítela aquí mañana"... a través de este ejemplo -imperfecto, desde luego- podemos hacernos una idea de la razón de ser de nuestra existencia. Allá, en lo más profundo de la eternidad -hablando a lo humano-, Dios proyectó el Universo entero y escogió a los protagonistas -todos- del argumento que habría de desarrollarse hasta el fin de los tiempos. Ante su divina mente fueron desfilando las fotografías de las almas -ilimitadas en número- que Él podía crear. Cuando se topó con tu imagen, se detuvo y dijo: "Ésta es un alma que me mueve a amarla... La necesito para que desarrolle un papel único, personal, y, luego, goce de mi presencia durante toda la eternidad"; tenemos las cualidades para vivir esa aventura divina, esa novela de amor llevada a la acción de la historia, ese papel para el que nos ha dado el Señor simpatía e inteligencia, cualidades de expresión artística y tantas otras cosas como tan bien expresa el salmista: "gracias, Señor, porque me has hecho tan bien". S. Agustín se lamentó siempre de haber malgastado su juventud pecando mucho: '¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!' Quería responder a esa llamada divina día a día y en sus últimos tiempos, en su "última conversión", se llenó de pobreza y penitencia, en solidaridad con los que no tienen. Él, el gran sabio, una de las mentes más importantes de la historia, poco antes de morir, pronunció estas palabras, llenas de humildad: "Mi mayor locura ha sido querer comprenderlo todo". No es la cabeza el camino para entender a Dios, sino sobre todo el corazón.

3.1. Dios llama, y vamos descubriendo el sentido. Desde el principio el director va presentando a los actores, la mejor novela la más antigua es el mismo universo, Dios crea el alma unida a este cuerpo, que nos dieron nuestros padres y para esto pensó que ninguno de nuestros antepasados muriera por guerra o enfermedad antes de dar descendencia; pensó en el siglo, década y año que nos tocaría llegar al mundo. ¿A quién debo la existencia? Se preguntaba Karol Wojtyla al ver morir sus compañeros: ¿por qué este muere, y yo vivo? Santi Eguidazu fue al África a atender la labor apostólica del Opus Dei, murió al salvar un chico africano que se ahogaba en el mar, quien le recuerda con gran agradecimiento. No podemos controlar nuestra existencia, y es bueno -con prudencia, pues parte de la providencia divina es nuestra capacidad de pre-visión y de pro-visión- que nos sintamos en manos de Dios y en Él nos abandonemos, sabiendo que Dios nuestro Señor nos ha inventado, creado, ha pensado en mí. Y tú has de pensar que has sido creado porque has sido amado; así el amor de Dios por ti es el que te hizo que te crearan. ¿No me acepto como soy?, sería como una blasfemia, decirle a Dios que hace mal las cosas, y Él hace las cosas perfectas, como dice la Escritura: basta que a él le gustes, te quiere así. Ahora has de pulir tus imperfecciones, ya mejorarás y no te apartes de él.

Quizá hemos de profundizar en la idea que tenemos de Dios, para entenderlo no como un supremo ser inteligente, como un talismán con poderes de conceder deseos (genio escondido en una lámpara), o una computadora que consigna ir al cielo y al infierno: es un padre que nos quiere con locura.

Es cierto que sus designios son muy grandes. Torcuato Luca de Tena decía: “Hubo un momento muy importante en mi educación infantil, en el que tomé clara conciencia de que hay cosas que el hombre nunca podrá entender en esta vida. Imagínate que se le pudiera explicar a una hormiga el mundo del hombre, con sus posibilidades técnicas, con lo que significa la informática, la aviación, tantas cosas... La hormiga diría: «Eso no es posible; no puede haber una inteligencia tan grande». Pues la inteligencia de Dios, en relación con la nuestra, es todavía infinitamente superior” (Olaizola, *Más allá de la muerte*, p239). Pero no es un ojo de Gran Hermano como en las novelas, un vigilante, sino un padre que nos quiere más que lo que nosotros podamos querernos. Con un designio vocacional eterno, y aunque la realización del mismo siga un camino progresivo, en el orden de la intención Dios ama en primer lugar lo más amable. “Dios primero elige al hombre, en el Hijo eterno y consustancial, a participar de la filiación divina, y sólo después quiere la creación del mundo”.

Basta para existir ser útil para Cristo, como veremos nos ha llamado en primer lugar para “estar con Él”, y por tanto no podemos hacer distinción entre los que sirven o no, somos muy eficaces. La fe nos da esta seguridad. E. Rojas hablaba de la necesidad de tener puntos de referencia claros. “Y ahí cobran especial relieve las creencias. Las ideas van y vienen, se mueven dentro de nosotros, mientras que las creencias son la tierra firme y sólida donde nos apoyamos. El que no tiene creencias va flotando por la vida sin asidero”.

De memoria aprendimos de pequeños en el catecismo: ¿para qué ha creado Dios al hombre? –“Para conocerle, amarle, servirle y gozarle eternamente en el Cielo”. Adorar a Dios, darle alegrías porque vivimos ese camino con felicidad, esa es la razón de nuestra existencia, si le tratamos con intimidad, si le contamos los problemas, viviremos esa relación de amor. 'Dios quiere nuestro amor y no estará satisfecho con ninguna otra cosa... Él podría hacer otros corazones que le amasen, pero una vez que nos ha creado a nosotros y nos ha dado la libertad, el amor de nuestro corazón particular es algo que sólo nosotros podemos darle'. Éste es el milagro del amor infinito: que Dios nos de el ser, y luego se dirija a nosotros como un aspirante o modesto pretendiente a nuestro amor (Carlos Cardona).

¿Qué ha visto el Señor en mí? No sabemos, pero se trataría de ver al revés: ¿qué cualidades tengo para descubrir lo que Dios me pide? Torcuato Luca de Tena decía: “- Hay gente que se conforma con esta vida. ¿Para qué otra vida? -El caballo tiene vocación de correr perfectamente justificada, porque tiene aptitudes para correr; la paloma tiene vocación de volar porque tiene aptitudes para volar. Ningún ser creado tiene vocación para aquello para lo que no tiene aptitudes. Y el hombre, desde sus orígenes, aunque sea a través del mundo de la magia, tiene vocación de trascender, porque tiene aptitudes para el más allá.” Y Julián Marías: “El hombre hace su vida, elige quién quiere ser, de ahí el misterio de su libertad. Eso es lo que da una importancia enorme a todo lo que hacemos en este mundo, porque estamos eligiendo lo que vamos a ser para siempre. Para el cristianismo todo adquiere una importancia extraordinaria. Si no tuviera tanta importancia esta vida nuestra, como proyecto, ¿no podría habernos colocado directamente Dios en la otra, en la perdurable? Por eso yo creo que la vida perdurable será un reflejo de lo elegido por nosotros en este mundo”. Esto es muy importante: Dios no nos ha dado un jardín para que cerremos los ojos y pensemos en el más allá, pues un regalo se abre, se disfruta, y no podemos despreciar ese regalo divino. La manera de agradecerlo es disfrutar de este regalo de la vida y el jardín de la creación...

La vocación no es totalmente conocida hasta el final de nuestra peregrinación terrena. A San Pedro, al principio, el Señor le llama a seguirle, cuando era discípulo de

Juan a la orilla del Jordán; luego le pide la barca (Lc. 5,3); y que vaya en pos de Él para ser pescador de hombres (Mt.4,19); más tarde le llama a ser de los doce (como recordamos ahora en el Evangelio de la llamada) y luego le otorga el primado entre sus servidores (Mt.16,18); le perdona y le confirma en su elección después de las negaciones, y le indica el modo en que perderá su vida por el Evangelio (Jn.21,18).

“Tuyo soy, para ti nací, ¿qué quieres, Jesús, de mí?” Son oraciones que van en la línea de preguntarse cómo enfocar la vida desde el proyecto de Dios. "Mi proyecto" por ambicioso que pudiera parecer se queda raquítrico comparado con los planes de Dios. El mismo A. Frossard, en *El mundo de Juan Pablo II* (pp.117-8) dice: 'Mañana, pasado mañana a más tardar, el hombre dejará de preguntarse lo que es ser hombre'. Se habrá olvidado, indudablemente, pero en los monasterios contemplativos... se seguirá sabiendo que el hombre es imagen de Dios, una copia en busca de su original; que el desequilibrio del que se le quiere curar es la causa de su genialidad, como la conciencia que tiene de su imperfección es causa de su superioridad sobre el animal; que está abierto al infinito y que lo más desastroso para él sería conformarse con el mediocre perímetro de su egoísmo; que camina entre los dos vértigos del amor y la crueldad; que jamás estará solo ni perdido; que tiene un destino eterno cuyo nombre no conocerá hasta el último día”.

Cuando se percibe con certidumbre que seremos cuna y tumba, se puede sucumbir en la tristeza y melancolía. Por el contrario, cuando se adivina a tientas que hay algún Edén de deleites donde es fácil <ser como dioses>, se puede enloquecer en el vértigo de la vanidad y de la arrogancia. Por eso es preciso, junto al realismo humilde de saberse polvo y ceniza, el otro realismo, más audaz, de identificarse como imagen de Dios, *imago Dei*. Es el juego apasionante y misterioso del barro y de la gracia. ¿Y qué otra cosa es el hombre, sino <barro agraciado>?

Vocación es la manifestación en el tiempo del proyecto o designio que Dios tiene respecto a cada persona, haciéndole descubrir el sentido más profundo de su existencia, el por qué y el para qué de su vida.

Josep M^a Gironella mostraba una foto en la que aparece sonriente con al astronauta Borman. Y decía: -“Me impresionó mucho el convencimiento con el que me dijo que cuando desde aquellas alturas vio la inmensidad del universo, creyó en Dios.”

¿Qué es el hombre? Si buscamos una respuesta certera, la encontraremos en la primera página de la Biblia. El hombre es a un tiempo telúrico y espiritual, fábrica terrosa y criatura divina, hechura de barro y hechura de Dios. O, aún más diáfananamente: tierra húmeda animada, <almada>, a semejanza e imagen de Dios. En esa ecuación dual se amasa la insondable tensión del hombre: barro, invitado al endiosamiento.

3.2. Cumplir la voluntad divina. ¿Y cómo se puede descubrir la voluntad de Dios para mi vida? Dios es quien nos busca, sale a nuestro encuentro. "Debéis estar con los oídos atentos a lo que nos dice el Señor, esto es, siempre en actitud de escucha a lo que pueda sugerirnos en cualquier momento". Pero: ¿dónde puedo encontrarme con el? En el pan y la palabra, hostia y oración: en el Evangelio, en la oración, en la confesión y dirección espiritual, en la charla con un amigo con criterio, en la acción de gracias y la comunión. No es un camino difícil, un tren que una vez se pierde ya no se puede tomar, sino que Dios va siempre a nuestro lado, Jesús nos acompaña en el caminar, y si perdemos el tren re-actualiza el sistema, al modo de los programas informáticos que ofrecen actualizaciones continuas, y se reinstala aquello con las nuevas coordenadas vitales, el Señor, aún con nuestros errores va haciendo una actualización del plan de la película, como el divino alfarero va recomponiendo –amasando otra vez- la arcilla para que aquello que se ha roto vuelva a tener sentido, y en este reciclaje divino va la providencia y el sentido de responder a la llamada.

«Jesús subió al monte y llamó a los que Él quiso». El Evangelio condensa la teología de la vocación cristiana: el Señor elige a los que quiere para estar con Él y enviarlos a ser apóstoles (cf. Mc 3,13-14).

a) En primer lugar, los elige: antes de la creación del mundo, nos ha destinado a ser santos (cf. Ef 1,4). Nos ama en Cristo, y en Él nos modela dándonos las cualidades para ser hijos suyos. Sólo en vistas a la vocación se entienden nuestras cualidades; la vocación es el “papel” que nos ha dado en la redención. Es en el descubrimiento del íntimo “por qué” de mi existencia cuando me siento plenamente “yo”, cuando vivo mi vocación. ¿Y para qué nos ha llamado? Para estar con Él. Esta llamada implica correspondencia: «Un día —no quiero generalizar, abre tu corazón al Señor y cuéntale tu historia—, quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio. Te sugirió la posibilidad de empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles. Tal vez perdiste entonces la tranquilidad y no la recuperaste, convertida en paz, hasta que libremente, porque te dio la gana —que es la razón más sobrenatural—, respondiste que sí a Dios. Y vino la alegría, recia, constante, que sólo desaparece cuando te apartas de Él» (Sant Josemaría Escrivá).

Es don, pero también tarea: santidad mediante la oración y los sacramentos, y, además, la lucha personal. «Todos los fieles de cualquier estado y condición de vida están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, santidad que, aún en la sociedad terrena, promueve un modo más humano de vivir» (Concilio Vaticano II).

b) Así, podemos sentir la misión apostólica: llevar a Cristo a los demás; tenerlo y llevarlo. Hoy podemos considerar más atentamente la llamada, y afinar en algún detalle de nuestra respuesta de amor.

En la vida vamos descubriendo el sentido íntimo de nuestra vocación, en el sentido de que vamos conociendo las cualidades que tenemos, disposiciones y aptitudes, y vamos viendo por la fe que Dios nos ha dado estas cualidades en función de la vocación que pensó para nosotros, al ir las descubriendo conocemos más el sentido de nuestra vida, de nuestra vocación. ¿Hay algún momento particularmente decisivo? En la adolescencia y juventud, "la actitud fundamental y permanente es: atención solícita a la voz de Dios", sigue diciendo el papa. Pero en todas las etapas de la vida estos encuentros con Jesús están vivos.

No nos pueden imponer desde fuera estos caminos: "La verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la vez firmemente en las almas" (Dignitatis Humanae, 1). He de profundizar en esas verdades, y la primera es la de la creación, soy criatura de Dios: he nacido, un día no era, vivo, somos insustituibles pero no imprescindibles, pero mi vida ¿Es el hombre un saco de pasiones inútiles que hay que llenando? No. Como dice el catecismo (282) se nos recuerda cómo mi ser es imagen y semejanza de Dios, quien ha pensado en mí y me ama, y no quiero apartarme ante este Dios que se me entrega, la ansia de felicidad que llevo dentro es demasiado grande. Pidamos a la Virgen, la que entregó su alma en respuesta generosa a la llamada divina, que sepamos decir: “aquí estoy, Señor: hágase en mí según tu palabra”.

3.3. Volver a Dios. Cuentan que en la antigüedad había una princesa que se decía Elena. Un día fue raptada y por más que todo el mundo la buscó por el reino y los países cercanos, nunca jamás la encontraron. Su querido amigo de la niñez, sin embargo, no dejó de buscarla. Pasaron los años. Él seguía por si la encontraba por caminos y puertos de mar hasta que un día vio una mujer muy gastada por los padecimientos, mal vestida y envejecida, pero tenía un cierto aire que le resultaba

familiar, y esto hizo que se le acercara... –“como te llamas?” le preguntó; pero ella no respondía. No recordaba su nombre..., cuando de pronto le vio una herida de la su mano, que la identificaba: una herida característica que Elena llevaba desde pequeña, la recordaba bien: ¡era ella! Emocionado, empezó a decirle: “¡tú eres Elena!” y ella, por la fuerza del amor del amigo, y por los recuerdos que le contaba, fue recobrando su memoria, y recordando su identidad. Volvieron al palacio donde ella se fue recuperando, y se casaron los dos y reinaron en Troya.

Sería una versión adaptada del viejo mito de Paris y Helena, que podemos aplicar a nuestro mundo, que tiene su mal más grave en que hoy la humanidad está desmemoriada, no sabe que es hija de Dios, no conoce a su padre, no sabe qué hace en el mundo, es huérfana. Esta era la preocupación del santo Padre Juan Pablo II, y nos lo dijo en aquellos años de preparación al Gran Jubileo del 2000. No hay mejor motivo para vivir contento que sentirse hijo de Dios, y pienso que esta falta de presencia de Dios es lo que produce hoy la falta de verdadera autoestima, lo que algunos llaman “la insoportable ligereza del ser”.

Hay una característica de la paternidad de Dios que resume el espíritu de la filiación divina, y es la misericordia del Padre, reflejada en la parábola del hijo pródigo. Una historia lo actualiza. Era un hijo pródigo moderno, que marchó de casa, se malgastó todo el que había recibido, y no sólo el dinero, sino también la salud, e hizo que fuera a pique también el honor de la familia. Cayó en la droga y en los robos. De vez en cuando le rondaba la idea de volver a casa, de llevar una vida buena... pero se lo sacaba de la cabeza, a veces porque pensaba que no sería bien recibido, otras veces porque no se sentía capaz de llevar una vida ordenada, le faltaba voluntad... al final, cayó en la prisión por los delitos que cometió. Los padecimientos que allá probó le hicieron madurar, y volvió a mientras también recordaba la felicidad que perdió, y la posibilidad del perdón. Cuando estaba por cumplir la condena, poco antes de salir en libertad, se decidió a escribir a su casa: les pedía perdón de todo el que había hecho; decía que si lo perdonaban, que si estaban dispuestos a acogerlo -padres y hermanos- pusieran un pañuelo blanco en un manzano que había en el huerto, al lado de la vía de tren; que él al pasar el día que saliera de la prisión, si veía el pañuelo bajaría del tren y volvería a casa. Que si no lo veía, continuaría el viaje para no volver nunca más...

El día que salió, cuando ya estaba llegando a su pueblo, no osaba mirar por la ventana. Le contó todo a un compañero de prisión que salió con él, y le acompañaba en el viaje, y le dijo: "mira tú, que yo no me atrevo..." y cerró los ojos. Pensaba en aquel manzano al que subía de pequeño, y se imaginaba el pañuelo colgado al árbol –y se ponía contento- pero también pensaba: “¿y si no está?” y se entristecía... Iba diciendo al compañero: "-ya nos acercamos... que se ve el pañuelo, está el pañuelo?". Y de pronto le dice el compañero: “-No está un pañuelo colgado, pero obre los ojos... mira!”. Y al abrirlos se encontró el manzano en el que no había un pañuelo, sino que estaba lleno de pañuelos blancos, que los de su casa habían ido colgando del manzano, que parecía un árbol de navidad...

Así es el perdón auténtico... Es una historia repetida desde que el mundo es mundo, bien resumida en el cuadro que el pintor Rembrandt pintó sobre el hijo pródigo, haciendo él mismo el camino de conversión ya al final de su vida, como recuerda el famoso libro de Nowen. Había pintado muchas variantes sobre este retorno del hijo, con vestiduras reales y ambientes pomposos. Aquí sin embargo vemos la pobreza absoluta en que resalta la figura del Padre que abraza el hijo que vuelve, desvalido y hambriento, que representa al pintor que se convierte al final de su vida; el padre que lo abraza con dos manos, una de hombre –que hace fuerza sobre el hijo, apretándolo sobre su pecho- y la otra de mujer –afectuosa y dulce, acariciando al hijo devuelto-, pues Dios es padre y

madre al mismo tiempo. Tenemos todos algo dentro de nosotros, que nos habla de perdonar y ser perdonados. Nos mueve a hacer las paces enseguida, el mismo día, que es lo más divino del amor... Como decía san Josemaría Escrivá: “yo no necesito aprender a perdonar porque Dios me ha enseñado a querer”. Contemplar el amor de Dios que lo comprende todo, nos hace aprender a comprender a todos, a ver como Él es siempre padre aunque nosotros muchas veces no nos portemos como buenos hijos. Y así, también nosotros nos sentimos con derecho de volver a Dios siempre, Él siempre está esperando nuestro regreso, también a través de una buena confesión. En esta parábola del hijo que vuelve, nos vemos reflejados, pues la vida es un volver a la casa del Padre, en busca del perdón... tantas veces nos equivocamos y necesitamos reencontrar la paz, ir a la gran fiesta que hace el Padre cuando vuelve el hijo perdido. Es el camino de la vida: aprender a volver a la casa del Padre. Es Jesús el camino, verdad y vida, y a Jesús se va y se vuelve por María; ella nos lleva con suavidad materna hacia ese volver y convertirnos en buenos hijos de Dios.